

ARTÍCULOS

CAZADORES-RECOLECTORES, ORGANIZACIÓN SOCIAL E INTERACCIONES A DISTANCIA. UN MODELADO DEL CASO ANTOFAGASTA DE LA SIERRA (CATAMARCA, ARGENTINA)

Carlos Aschero*

Resumen

La propuesta de este trabajo es realizar un cruce entre los datos conocidos de la Arqueología de los Cazadores-recolectores de Antofagasta de la Sierra con otros datos publicados acerca de este modo de subsistencia en zonas desérticas. El propósito es entender cómo se conforman paisajes sociales o sistemas sociales de mayor extensión en el ámbito circumpuneño, a partir de las interacciones a distancia de esas unidades sociales, observadas con una perspectiva temporal amplia.

Palabras clave: Cazadores-recolectores; Áreacircumpuneña; Continuidad; Información etnográfica; Modelado de procesos.

Abstract

The proposal of this work is to make a cross-checking between the relevant archaeological data of Antofagasta de la Sierra hunter-gatherer archaeology, with other ethnographic and archaeological data of hunter-gatherers from desert regions. The purpose is to compare these data to understand how those extended social landscapes at the circumpuna area were conformed, supported by distant interactions. This is observed from a wide temporal perspective.

Keywords: Hunter-gatherers; Circumpuna area; Continuity; Ethnographic information; Process modeling.

* Instituto Superior de Estudios Sociales (ISES) - Instituto de Arqueología y Museo (IAM-CONICET-UNT). San Martín 1545, S. M. de Tucumán (CP 4000), Tucumán, Argentina. Correo electrónico: [ascherocarlos@yahoo.com.ar].

Introducción

El desarrollo del tema que se propone requiere hacer alusión a distintos trabajos ya éditos sobre la arqueología de Antofagasta de la Sierra (abrev. ANS), en particular a la síntesis de autoría personal publicada en 2014 y anticipada en 2010 (Aschero 2010, 2014). Lo que aquí se desarrolla es parte de lo que allí se propuso sobre el funcionamiento, en una trayectoria temporal amplia (ca. 10.000 a 4.500 años AP), de los referidos Cazadores-Recolectores (abrev. C-R). El enfoque seguido es microregional, una escala propuesta en 1988 y que buscó captar la variabilidad de los contextos C-R en sitios generados por la movilidad de unidades sociales en pos del aprovisionamiento de recursos naturales en diferentes “parches” o microambientes distribuidos, en el caso de ANS, en un área no mayor a 50 x 70 km, es decir de 3.500 km² (Aschero 1988).

Lo que en esos trabajos se expuso era una propuesta para entender la organización social de los C-R de ANS, desde un momento temprano (ca. 10.000 AP), en un contexto de baja densidad de población y recalcando la *continuidad* del proceso socio-cultural, incluyendo la transición hacia estrategias hortícolas y pastoralistas incipientes (hacia el 5.000 - 3.000 AP). Ese concepto de *continuidad* hace alusión a la trasmisión generacional de información y prácticas del hacer a través del tiempo, en el que cambios graduales pudieron haber ocurrido en el “adentro” de las estructuras sociales, pero no como reemplazo o extinción de poblaciones. No cabe duda de que esto último pudo acontecer en otras regiones, pero no es éste el caso de los datos proporcionados por la arqueología de ANS. La información en torno al arte rupestre, la tecnología y tipología de los artefactos líticos tallados, ciertas prácticas funerarias o la perduración del aprovisionamiento de recursos distantes, hablan de una reproducción social de *modos de hacer* a través del tiempo (Aschero 2010, 2014); distintas líneas de evidencia que apoyan lo anterior.

Lo que no sabemos respecto a esa mencionada *continuidad* es si ésta responde o no a la estabilización de cierto pool genético en el sur de la Puna Salada; una cuestión que deberán resolver los estudios de ADN futuros. Sin embargo es plausible pensar que esa estabilización no debió darse, algo que ocurrió a causa de esa *sociabilidad abierta* (Ingold 1999) propia de los C-R, a la que se hace referencia más adelante, que habría generado un flujo multidireccional de genes de acuerdo a las múltiples redes de interacción a distancia imperantes en toda la etapa Arcaica y a las búsquedas de parejas fuera del área y, en relación con tales redes, algo que se trata más adelante en relación a las *mating networks* de los C-R australianos.

Esa *continuidad* lleva a discutir las ideas en torno a un quiebre poblacional, de la llegada a ANS de ciertos “paquetes de rasgos culturales” y de gente vallista portadora de éstos, alternativa que ha sido propuesta para el origen del Formativo local (Olivera 1992), discutida en un trabajo reciente (López Campeny et al. 2015) y que fue también planteada para un momento semejante de la Puna jujeña (Muscio 2004, 2006).

En esta perspectiva una pregunta pendiente es si las estrategias que posibilitaron tal continuidad también operaron como respuestas recurrentes a situaciones de riesgo ambiental ya acaecidas, como las condiciones de mayor aridez del Altitermal, con sequías prolongadas, o si, en esos casos, fueron respuestas *anticipadas* a esas situaciones que en el saber popular ocurren por la lectura de señales previas; señales que un refinado conocimiento del ambiente natural enseñó a captar, quedando luego vigentes en la memoria social. Tal alternativa tiene que ver con el manejo del *riesgo* en estos ambientes desérticos y a la luz de la *continuidad* que se señaló antes, sin situaciones de despoblamiento.

En lo que sigue marcaremos algunos conceptos operativos surgidos de la información etnológica que son útiles para abordar el modelado del caso ANS.

Hacia un modelado del sistema social cazador-recolector en los desiertos de altura: conceptos operativos

Un primer punto a dejar en claro es que cuando se habla aquí de modelado no nos referimos a un modelo entendido como una caja de hipótesis concatenadas que puedan incorporar lo que vaya apareciendo, con o sin una determinada teoría insuflando la búsqueda, y que pueda dar cuenta de cierta situación o proceso acercando una posible explicación. *Modelado* se refiere aquí a lo que un escultor o un alfarero hacen con la materia a trabajar, a una obra o figura final que resulta de dar forma a esa materia que se tiene entre manos y que impone ciertas condiciones a ese modelado, a una particular *dialéctica del hacer* entre el *artífice* y la materia a trabajar.¹ Pasado a términos del quehacer arqueológico sería “dar forma de *datos* a los vestigios en la mano”; esto a través de diversas operaciones de interrelación que, sugeridas por el encadenamiento de esos vestigios en el espacio y en lo que conocemos de los contextos que los constituyen, nos permiten conformar un primer bosquejo de esa figura final. Esa necesidad de que la figura final producida resulte *coherente* con los datos que contiene y con los que anteceden a toda nuestra operativa, lleva a buscar alternativas de interpretación en otros encadenamientos de datos –de otras experiencias arqueológicas o etnográficas (véase por ejemplo Re et al. 2009)– que puedan afinar nuestro modelado final.

Aplicar este modelado a nuestra microrregión ANS implica tener en cuenta la observación de ciertos aspectos que hacen a la perspectiva que quiere darse a la presentación de ese modo de subsistencia C-R en la cuenta temporal larga, a saber:

a) las **estrategias socio-económicas** con que estas organizaciones sociales respondieron a las limitantes de un ambiente de desierto, a la gama de recursos disponibles y a los cambios ocurridos en ese ambiente en el tiempo;

¹ *Dialéctica del hacer* la utilizamos como equivalente al concepto de Bourdieu (2008:90) “dialéctica entre la intención de objetivación y la intención ya objetivada”. El concepto de *artífice* proviene de la obra de Ingold (1986).

b) la **memoria social** que incorpora y manipula conocimientos conformados a través de una extensa trayectoria temporal y ciertas *situaciones iniciales* que resumen, para esa memoria, toda la experiencia adquirida en las interacciones ocurridas entre la gente y los recursos bióticos y abióticos de ese ambiente;

c) la **red de interacciones**, internas o externas, que puedan haber llevado a situaciones *contingentes*, *coyunturales* o *accidentales* en el largo plazo, en su relación con otros grupos sociales u otras sociedades y con su medio físico de vida.

Tales conceptos de *accidente*, *contingencia* y *coyuntura* proceden de la obra de Marks (2007). “Accidente” refiere a esas situaciones no previstas –por un acaecer espontáneo, no cíclico– como plagas, erupciones volcánicas, sequías extremadamente largas. “Contingencia” cuando determinado(s) desarrollo(s) ocurrido(s) en regiones distintas, mediante un activo intercambio de información, co-activan cierta direccionalidad en el desarrollo local. “Coyuntura” cuando varios de estos desarrollos independientes “convergen de tal manera que, al interactuar, producen un momento inédito” en el desarrollo histórico de esas sociedades (Marks 2007:27-29).

Hablamos de organización social de cazadores-recolectores y al hacerlo nos referimos a un *modo de subsistencia* en que el consumo de carne resultado de la caza –en particular sobre especies gregarias como son los camélidos silvestres– era un ingrediente sustancial de la dieta. En qué proporción aportaba proteínas, respecto a la ingesta de recursos vegetales proveniente de la recolección, aún no lo sabemos, pero sí que ambas en más o en menos se complementaban desde el comienzo de la secuencia ocupacional. Los registros de Inca Cueva-4 y Quebrada Seca 3 –en la Puna jujeña y en ANS, respectivamente– son concluyentes al respecto (Aschero 1984; Babot 2011; Yacobaccio 1985). Seguimos a Ellen (2000) en la distinción entre *modo de subsistencia* y *modo de producción*, siendo el primero “un agregado de procesos extractivos que caracterizan una determinada población” (Ellen 2000:198) mientras que el segundo equivaldría a una forma particular de interacción social bajo la cual los humanos producen, hacen circular y consumen recursos varios, objetos o imágenes a los que se les asigna un determinado *valor* y ello ocurre en un *determinado espacio físico y tiempo histórico*. Este último implica necesariamente una conciencia social que responde a una particular estructura social. Pero el primero, aún utilizado como concepto teórico, no puede interpretarse sino como parte de esa estructura. Como concepto teórico incluye no sólo prácticas técnicas sino también estrategias de movilidad, de aprovisionamiento de recursos naturales y de obtención de todo tipo de información crítica para la subsistencia o para la regulación del intercambio; también puede incluir la manipulación genotípica sobre animales y/o vegetales (Ellen 2000:198). El uso de ambos conceptos implica tener en claro la distinción entre *tecnología* (el “*saber cómo hacerlo*”) y *equipo técnico* (los *útiles o artefactos requeridos para hacerlo*. Ellen 2000; Ingold 1986). Visto en una perspectiva más amplia podría decirse que un modo de subsistencia es un

programa de acción seguido por un determinado modo de producción para operar con los recursos y situaciones de un ambiente físico particular.

La microrregión que tratamos muestra ese perfil temporal de ocupaciones continuas y por eso ha sido útil emplear los conceptos de *programa* y *estrategia* tal como Edgar Morin los ha planteado (Morin 1995). Ambos se usan desde un punto de vista teórico para dar a ciertas acciones recurrentes –definidas desde el registro arqueológico– la imagen de una continuidad en el largo plazo (programa) o como respuestas puntuales a situaciones por resolver en el corto plazo (estrategias), respectivamente. Más allá del que pueda haber o no un componente racional en esas sociedades que sustente esa idea de un “programa”, la propia idea de la recursividad del *habitus* (Bourdieu 2008) podría estar implicando respuestas a *situaciones iniciales* que son tomadas como soluciones, las que se replican en el tiempo a causa de su efectividad. Esas *situaciones iniciales* las entendemos como un concepto clave para operar en ese modelado (Gell-Mann 1995).² Las ocurridas en el inicio del poblamiento microregional, las que muestra el registro arqueológico con la aparición de estrategias de caza novedosas hacia el 7.000/7.200 AP (Aschero y Martínez 2001) o las que dejan los cazadores-recolectores habilitados para las interacciones de las poblaciones hortícolas-pastoralistas posteriores (Aschero 2010, 2014). Para el ejemplo del 7.000/7.200 AP un *programa* habría sido sostener la predación regulada sobre distintas tropas de camélidos silvestres, por una caza alternativa en distintas vegas y pampas de altura; ese programa tuvo una *estrategia* que implicó el implementar cazas colectivas por arreo, con determinadas pautas de distribución y consumo de los productos de la caza entre las familias intervinientes, utilizando los parapetos de piedra como puntos de ocultamiento de cada cazador –un recurso necesario para ese tipo de caza– y a su vez una *táctica* basada en la habilitación de armas como la lanza corta, con un cabezal de piedra simétrico, bifacial, largo, pesado y de bordes dentados (el tipo *Quebrada Seca C*), que facilitaría un impacto certero desde la posición del parapeto y el rápido desangrado del animal. Esa posición implicaba el emplazamiento de los parapetos en las partes altas de cañadas o torrenteras donde los animales eran encauzados, a modo de *mangas* naturales. Los dos conceptos tomados de Morin, *programa* y *estrategia* tienen implicaciones que afectan a la organización social

² “La fórmula mecanocuántica para la magnitud D , que nos da las probabilidades de las diferentes historias alternativas del universo, contiene ya la asimetría entre pasado y futuro. En un extremo, correspondiente a lo que llamamos pasado, contiene una descripción del estado cuántico inicial del universo primitivo, lo que podemos llamar sus *condiciones iniciales*. En el otro extremo, correspondiente al futuro remoto, la fórmula contiene una integral sobre todos los posibles estados del universo” que “puede describirse como una condición de completa indiferencia [...]. Si las *condiciones iniciales* fuesen también de completa indiferencia, no habría entonces causalidad ni historia.” (Gell-Mann 1995:234-235, destacado nuestro)

mientras que el de *táctica* conlleva la implementación, para una acción puntual, de ciertos conocimientos tecnológicos y/o de útiles del equipamiento técnico en uso.

El sostén de las interacciones a distancia que el registro arqueológico de ANS muestra –con producción de excedentes para el intercambio– puede ser también ejemplo de un *programa* de acción que esas organizaciones sociales C-R han mantenido a través del tiempo. Es interesante, al respecto, la reflexión que Godelier ha hecho sobre los Anga de Nueva Guinea, en un ambiente tropical con muchos más recursos de los que dispusieron nuestros C-R en ANS:

Su reproducción física y social dependía como parte esencial de una verdadera economía regional, es decir de una división de trabajo entre tribus más o menos vecinas, y de un abanico de rutas de intercambio a lo largo de las cuales circulaba de mano en mano, según procedimientos por todos aceptados, los productos especializados de cada una (Godelier 1986:34).

Traemos el ejemplo de ese ambiente tan distinto para enfatizar la importancia que tiene la interacción basada en el intercambio de productos para grupos que siguen haciendo de la caza y la recolección una estrategia de subsistencia. Tanto más énfasis pudo haber tenido en ambientes desérticos donde, desde el Arcaico Temprano, el ingreso de materias primas y/o manufacturas exóticas están presentes en Puna.

Otros conceptos útiles para acercarnos a la estructura social de los C-R de ANS se refieren a la mencionada *sociabilidad abierta* como una de las características de las bandas cazadoras-recolectoras; la existencia de *redes de interacción basadas en la exogamia* y que llevan a buscar pareja fuera del grupo original de pertenencia; además de la aplicación del concepto de *sistema social* (sensu Giddens 1984) y de *paisaje social* (sensu Gamble 2001).

El concepto de *sociabilidad abierta* se apoya en distintos trabajos de la antropología y está directamente vinculada a la configuración de esas redes sociales. Las relaciones entre cazadores-recolectores, según Ingold (1999), operan bajo los principios de una *reciprocidad generalizada* (en el sentido de Sahlins 1974), del *compartir* (*sharing*) y los de *inmediatez*, *confianza* y *autonomía*. En el decir de Ingold:

Together, the principles of 'immediacy', 'autonomy', and 'sharing' add to a form of sociality utterly incompatible with the concept of society, whether by society is meant the interlocking interests of 'civil society', the imagined community of the ethnic group or nation, or the regulative structures of the state (Ingold 1999:408, destacado en el original).

Es éste un punto en el que Ingold insiste: la sociabilidad cazadora-recolectora radica en la subversión de los fundamentos con los que el concepto de "sociedad" se constituyó,

en cuánto muestran cómo es posible vivir socialmente sin vivir en sociedades: “hunters-gatherers show in how it is possible to live socially (that is to conduct one’s life within an unfolding matrix of relationships with others, human and non-human) without having to live in societies at all” (Ingold 1999:399).

Sobre la base de estas reflexiones de Ingold es que re-pensamos el contenido que debe darse al uso del término “sociedades cazadoras-recolectoras”. En dos sentidos: primero teniendo en claro que esa estructura social debió ser lo suficientemente laxa para permitir esas estrategias de fusión-fisión y en esto bien distintas a las “sociedades” de base pastoril-agrícola; pero también, en el sentido que hay un núcleo social que permanece –el que reclama la propiedad de cierto territorio apelando a su linaje– y que es el referente de las interacciones que suceden a las fisiones y que es, también, el que sostiene la demarcación del territorio, con símbolos u objetos que operan como tales (Layton 1986; Mountford 1971; Munn 1973). Es esa *interacción*, el manejo de *recursos* –en sentido económico y social– y de cierta *normativa* sustentada en una memoria social activa, la que –en el sentido de Giddens (1984)– deben seguir siendo consideradas “sociedades”, aunque bien distintas unas de otras. Para el caso de estas antiguas poblaciones del desierto generamos expectativas de que esa apertura de las relaciones sociales inter-grupales (*fisión-fusión* de personas o grupos familiares), a través de numerosas interacciones, pudieran resultar en un *entramado social inicial* que adquiere valor interpretativo en ANS para la dinámica de la cultura material y las prácticas socio-económicas que se sucedieron en el tiempo.

Para lo conocido sobre la estructura social de los C-R y esa dinámica de fusión-fisión, consideramos plausible –a la luz de la evidencia arqueológica disponible en ANS– que tal estructura y dinámica haya existido en el área hacia comienzos del Holoceno, hacia ca. 9.000 AP, y posibilitado las *condiciones iniciales* que llevaron a la construcción de *redes de interacciones a distancia* desde momentos iniciales del Arcaico Temprano (9.000/8.500 AP). Redes que son sostenidas en el Arcaico Medio (7.500/7.000 al 5.500 AP) y durante la época del Arcaico Tardío (5.500 al 4.000/3.800 AP), cuando en diversos sectores productivos de la macro-región Circumpuneña se registra una explotación intensiva de la caza (Yacobaccio 2007) y de una recolecta vegetal y molienda direccionada a especies útiles a la dieta de los C-R (Babot 2011; 2014) y más tardías, cuando las comunidades de pastores-horticultores dominaron el escenario puneño. Como veremos, la existencia de esas redes ha jugado un importante papel en la interpretación arqueológica de los cazadores-recolectores en otros ambientes desérticos, tanto en Australia como en la Gran Cuenca de los EEUU.

De acuerdo con lo que muestra el registro arqueológico de ANS a partir de ca. 10.200 años AP, ese conocimiento de (o información sobre) gente y recursos distantes de distintas zonas ecológicas, ha jugado un papel crucial desde los límites mismos del Pleistoceno/Holoceno no sólo para establecer relaciones sociales sino también para incentivar el acopio

de recursos genuinos y productos destinados a sostener intercambios con grupos de una misma y/o distintas zonas ecológicas; intercambios que incluimos en el concepto de “interacciones a distancia”, de aquí en más. Es en este sentido es que planteo esas interacciones bajo la forma de un *sistema social* (sensu Giddens 1984), configurado por las distintas unidades sociales residentes en el desierto puneño y más allá, aunque no bajo la imagen de una continuidad geográfica sino espacialmente segmentado –como observaremos en la organización territorial de grupos australianos– pero aprovechando la diversidad ecológica de los ambientes que rodean a las tierras altas puneñas.

Ese otro concepto de *paisaje social* es el que Gamble aplica a los inicios del Paleolítico Superior euroasiático, cuando se produce una apertura del “paisaje de la costumbre”, esto es, cuando se establecen diversas redes de intercambio de tecnofacturas más allá de un rango de 80/300 km (Gamble 2001:390-395). En este sentido es aplicable a los datos arqueológicos crudos cuando, como en el caso de ANS, pueden establecerse lugares de origen de los bienes de intercambio que superan los 500 km, dentro y más allá de la macro-región Circumpuneña, apenas después del 9.000 AP.

De todas formas sostenemos el uso de ambos conceptos, útiles para referirse, por una parte, a un programa de acción con múltiples interacciones a distancia que surge de decisiones tomadas por individuos concretos dentro de la estructura social de estos grupos (*sistema social*) y, por otra, como la red de interacciones que puede trazarse inicialmente a partir de la procedencia geográfica de los ítems de la cultura material que entran en juego en la configuración de esa red que, en términos de Gamble (2001), constituiría un *paisaje social*. Asumiendo su importancia para la estructura social, estos sistemas sociales habrían constituido una trama variable de vectores geográficos y vínculos sociales *para cada individuo* desde su *territorio* de origen.

Seguidamente veremos qué aporta la evidencia etnográfica para cazadores-recolectores de zonas desérticas para que un sistema tal sea operativo –como herramienta conceptual– en el abordaje de grupos con baja demografía y una territorialidad temporalmente temprana.

El aporte etnográfico y la evidencia arqueológica de otros pueblos del desierto

Particularmente se recabó información de pueblos del desierto central australiano y de la Gran Cuenca de Estados Unidos, los primeros desde el punto de vista etnográfico y arqueológico, los segundos desde el arqueológico únicamente. También como contraste al caso del desierto se tomó en cuenta la organización de grupos de la Tierra de Arnhem en el Norte de Australia. De los grupos del centro-sur de Australia –en la periferia del famoso afloramiento rocoso de Ayer’s Rock, en las inmediaciones de Alice Springs– nos interesó en particular su organización en bandas, con segmentos sociales basados en linajes

correspondientes a la descendencia desde un ancestro común y con derechos comunes sobre ciertos lugares o territorios, conformando “redes” de parentescos extendidos, basados en la exogamia local de los grupos. También aquí y en la Gran Cuenca interesaron las implicaciones arqueológicas de esas redes y los trabajos que abordaron la existencia de cambios en las estrategias de subsistencia y movilidad residencial desde modos “*forager*” a estrategias logísticas y cuando éstas llevan a la circunscripción territorial (*packing*). En esta selección no sólo tuvimos como guía la información arqueológica disponible en ANS sino también la importancia que tuvo el culto a los ancestros y la segmentación en mitades de los grupos sociales alto-andinos, teniendo en cuenta lo que nos es conocido por la documentación etnohistórica, etnográfica e histórica en el área andina centro-meridional.

“Desiertos” de por medio hay que aclarar que ninguno de los desiertos comparados tiene la altitud, la sequedad, ni la baja cobertura vegetal de muchos sectores existentes en el entorno de Antofagasta de la Sierra, esto es algo que conviene tener en cuenta. Antofagasta de la Sierra tiene la fisonomía de un “extremo desierto de altura”, sobre los 3.300 msnm, con amplias áreas sin ningún tipo de cobertura vegetal (el sector de Carachi Pampa, por ejemplo, entre Antofagasta de la Sierra y El Peñón), delimitadas por volcanes, mantos de lava, arenales y quebradas labradas entre farallones de ignimbritas, potentes coladas basálticas o de otras rocas ígneas.

Casos australianos

El caso de Uluru, el de los grupos que habitan la zona de Ayer’s Rock, un complejo de sitios con arte rupestre ubicado en el desierto del Centro de Australia, ha sido bien expuesto en el trabajo de Layton (1986) que toma nomenclaturas anteriormente establecidas para la designación de grupos y lugares. Los habitantes del área hablan un mismo dialecto (grupos Yakuntjatjara/Pitjantjatjara) pero no forman una tribu sino una sociedad de pequeños grupos unidos por un ancestro común y sostienen derechos sobre ciertas áreas de la geografía circundante que Layton denomina “*estates*” siguiendo designaciones previas. Cada uno de estos *estates* tiene un campamento-base, por lo menos una fuente de agua principal y toma su nombre de ella o de algún accidente topográfico significativo. Son tan importantes las fuentes de agua como los terrenos para caza y recolección que las circundan, particularmente para el aprovisionamiento de leña. En el entorno de Ayer’s Rock hay 15 de ellos, distribuidos en los cerros (N=9) y en las zonas bajas (N=6), dentro de 1.500 km². Cada uno de ellos debe ser entendido como un conjunto de sitios más que un terreno bien delimitado, ya que incluyen “lugares” que pueden estar sobrepuestos formando parte de *estates* diferentes. La población promedio del grupo que sostiene sus derechos sobre cada *estate* es de treinta personas (N=30). Si bien Layton comenta que esto estaría acorde con la cuenta estimada para el desierto australiano de 1 persona cada 50 km², aquí, en realidad,

ese promedio es más alto (30 personas x 15 *estates* = 450 personas y 1.500 km² = 450 = 1 persona cada 3,3 km²). Cada unidad *estate* deriva de los sitios sagrados que contiene y éstos tienen que ver con los seres ancestrales que los conformaron (Layton 1986:39-43). El arte rupestre está directamente ligado a la demarcación de esos sitios sagrados y algunos de los conjuntos de representaciones son “mantenidos” y/o “reciclados a través del tiempo” (re-pintados y/o modificados); esto se ve en el trabajo que sintetiza los relevamientos originales de Mountford sobre Ayer’s Rock y donde se documenta los cambios ocurridos en algunos paneles por causa de estas prácticas (Mountford 1971).

Los distintos mitos que conectan los sitios sagrados de cada *estate* se enseñan a los niños después de la iniciación. Pero también se enseñan a individuos de otros *estates* quienes pueden circular por *estates* de grupos externos pero *evitando* los sitios sagrados. Como un hombre *nunca* se casa con una mujer de su mismo *estate* sus hijos viven y se educan en permanente conexión con los *estates* de madre y padre. Este es el “territorio de crecimiento” del niño. Al nacer el niño adquiere derechos sobre ambos pero, durante su vida, puede ejercer derechos sobre uno de ellos solamente, al que va a pertenecer y del que va a transmitir sus derechos a sus hijos (Layton 1986:44-46). Pero en la tabulación que este autor hace sobre los datos de estas herencias, resulta que en el 69% de los casos (N=79/114) los derechos heredados corresponden al *estate* del padre (Layton 1986:47).

Otro trabajo particularmente interesante sobre las expresiones visuales en la arena, los cuerpos y los objetos transportables, de otro de estos grupos del Desierto Central de Australia, los Walbiri, es el de Munn (1973). Aquí la autora insiste en que todas las formas gráficas Walbiri (llamadas *Guruwan*) “tienen las características estructurales de un lenguaje” (Munn 1973:32). Dentro de ellas hay dos clases de diseños, unos controlados por las mujeres (*Yawalyu*) y otros por los hombres (*Ilbindji*) pero ambos se refieren a los mismos ancestros. Cada clase de diseño tiene una eficacia específica, que se da en determinados contextos y necesariamente acompañada de cantos específicos. Canto y diseño requieren de la presencia de otras personas del grupo, nunca se ejecutan solitariamente; son acciones co-participadas por mujeres o por hombres por separado, excepto en ciertas ocasiones en que el hombre pinta el cuerpo de su mujer, cuando ésta ha parido. Las mujeres pintan sus motivos sobre los cuerpos de otras mujeres o de los niños. La función de estos diseños es para intereses sexuales o procreativos personales, para cuidados de la salud, o para ayudar al crecimiento o protección de los niños. Pero también para beneficiar la multiplicación de las especies vegetales que las mujeres recolectan (Munn 1973).

En el caso de los diseños hechos por los hombres los soportes varían: pintura sobre el cuerpo o sobre objetos ceremoniales (sombreros, escudos, objetos ovales); diseños en el suelo para bailar encima (que se borran durante la danza), sobre armas (boomerangs y escudos) o sobre tablas o piedras, incisos o pintados, que luego se frotan con pigmento rojo.

Estos últimos corresponden a los *churingas* silbadores y a piedras o tablas de forma oval o más alargadas (elípticas) que son elementos cuidadosamente conservados y guardados en los sitios ancestrales (Munn 1973).

El trabajo de Munn es particularmente interesante no sólo por el despliegue que hace de la iconografía Walbiri sino también por su llamado de atención sobre los roles de género en la producción de estas imágenes. Los roles de género son aún un tema candente en la arqueología de distintas regiones del mundo para organizaciones C-R. Sabemos que la mujer tiene un rol decisivo en la economía de los C-R, en sus aportes concretos a la dieta, en su participación en otras tareas de subsistencia, además de la recolección, así como en la en habilitación de los niños en el seno de la sociedad, que es como decir *asegurar la reproducción social del sistema* (Endicott 1999; Ingold 1999).

Esa organización de los grupos del Desierto también se observa en la Tierra de Arnhem, en el Norte de Australia entre los Yolngu. Sobre estos nos interesaron el trabajo de Davis y Prescott (1992) relacionado a la organización social y la movilidad, y el de Morphy (1991) sobre las formas de expresión visual. La organización es en clanes y cada uno de ellos está definido por un grupo que posee derechos sobre un determinado territorio, derechos que están refrendados por la posesión de canciones sagradas, ritos y parafernalia específica. Pero este territorio no es una porción de tierra homogénea sino que está formado por “regiones” separadas entre sí, por otras de otros clanes y por distancias de 50 km o mayores. Ciertas regiones de un territorio pueden pertenecer a un subgrupo o linaje de un clan y ser reconocida como un subterritorio y cualquier miembro del clan puede reclamar tanto por el subterritorio de su linaje como por el territorio del clan a que pertenece (Davis y Prescott 1992).

Las vertientes y sus cuencas de drenaje o las alturas de los cerros son normalmente utilizadas para delimitar estas regiones. Pero también las vaguadas de los grandes ríos, los cambios en la vegetación o ciertos motivos sagrados del clan representados en el arte rupestre. La presencia de estos últimos son un elemento importante en el momento de reclamar derechos sobre una determinada región de un territorio (Davis y Prescott 1992:103).

La población de los Yolngu (Yirrkala) está constituida por dos mitades exogámicas patrilineales, donde cada mitad comprende distintos clanes. Morphy denomina “clan” a “grupos de descendencia patrilineal que reconocen un ancestro común, que mantienen derechos en común sobre la tierra y que tienen el mismo cuerpo de conocimientos sagrados o ‘ley sagrada’ (mandayin)” (Morphy 1991:47).

Pero estos clanes pueden llegar a fisionarse o fusionarse:

[...] en realidad el clan es un grupo que se asume como propietario de mandayin (conocimientos+parafernalia) y adhiere a una ideología patrilineal pero que contiene en su estructura todos los elementos para

fisionarse o fusionarse: por segmentación interna, por sus nexos mitológicos con grupos vecinos y/o por el control diferencial sobre el sistema de conocimientos ejercidos por sus miembros (Morphy 1991:46).

De hecho indica Morphy que estos *mandayin* pueden ser compartidos por dos o más clanes, si bien cada clan mantiene un set de conocimientos que le es propio. También tienen diseños de imágenes visuales (pinturas en paredes rocosas o en la tierra) que les son propias, pero pueden acordar permisos para que sean reproducidas por clanes distintos. Esto lleva a que pueda haber réplicas o imitaciones muy parecidas entre clanes distintos, pero la obra, emplazada en determinado lugar, es reconocida como propiedad del clan (no del individuo del clan que la ejecuto) (Morphy 1991:40).

Tenemos aquí buena información sobre la relación entre grupos sociales y derechos sobre porciones de tierras. El paisaje es de un “mosaico” de estos pequeños territorios o secciones de ellos, interdigitados, caracterizados por recursos de agua permanentes y otros que aseguran la caza y la recolección. *Lugares* (sensu Ingold 1993, 2000) con recursos destacados cuyos derechos son mantenidos a través de múltiples recursos (relatos, mitografías, objetos sagrados) donde el arte rupestre también juega un papel demarcatorio frente a otros grupos y el propio.

Lo que estos ejemplos australianos muestran es una forma posible en que una organización social de bandas sostenga ese entramado social con alianzas matrimoniales exogámicas. Vemos también que esa idea original de Service respecto a que la expresión artística en una sociedad de bandas “no se halla confinada a algunos especialistas ni es de intención esotérica”, que “es arte del pueblo porque todo el mundo puede apreciarlo y participar de él” (Service 1973:89), debe ser tomada con precaución cuando se trata del arte mobiliario, porque hay roles de género involucrados y “mensajes” hacia el interior del grupo social que no son totalmente co-participados. ¿Pero cuáles son las implicancias arqueológicas de visualizar estas redes de relaciones y tales territorios?

Tanto Birdsell (1968) como Wobst (1974, 1976) señalaron que estas redes matrimoniales exogámicas (*mating networks*) proveen no sólo parejas para la reproducción biológica y social sino también para acceder a recursos y derechos sobre tierras de otros, además de intercambios, ceremonias e información. Si bien Yengoyan (1968) planteó originalmente la importancia de estas estrategias de alianzas para las tierras áridas australianas, éstas son también usadas en zonas boscosas, donde estas redes sociales más abiertas se sobreponen y unen a unidades territoriales más pequeñas y cerradas, como en el caso de los Yolngu. En este sentido Lourandos ha planteado que, en estos últimos casos, esas redes abiertas servían –más que para amortiguar los riesgos de stress ambiental– para contrarrestar los efectos sociales (competencia) que resultaban en las relaciones entre estas unidades territoriales pequeñas (Lourandos 1997:26). En los casos australianos esta situación parecería

estar unida a mayores densidades de población, pero lo que está en discusión es si esos aumentos de población son causa o consecuencia de la competencia y “cierre” (*clousures*) de esas unidades territoriales (Lourandos 1997). Según este mismo autor esas situaciones de cierre requerían deslindar esos territorios con distintos mecanismos de demarcación: arte rupestre, estructuras rituales o cementerios (Lourandos 1997:29). También destaca la necesidad de una mayor productividad para sostener esas alianzas, con posibles niveles de *intensificación* de las actividades económicas y que esto también sería resultado de esas situaciones de “cierre”. Esto, a su vez, llevaría a una mayor sedentarización y con ello a un incremento de las jerarquías sociales (Lourandos 1997:29).

Casos del desierto de la Gran Cuenca en el Sudoeste de los EEUU

La síntesis de Wills (1988) sobre la Gran Cuenca de los EEUU, aporta una visión de conjunto sobre la zona norte y sur de la misma, apoyándose en las incidencias distintas que tuvo el cambio climático en ambas zonas. Pero interesa aquí discutir las alternativas que ha planteado para abordar el tema de la circunscripción espacial vinculada con la aparición de componentes logísticos, la introducción de cultígenos y la creciente sedentarización de las poblaciones del Arcaico Tardío. El tema interesa desde una expectativa ya enunciada que ve continuidad y no quiebres ni reemplazos en el registro arqueológico de las poblaciones Arcaicas y Formativas de Antofagasta de la Sierra.

Wills encuentra que la ocupación de pisos altos en la Gran Cuenca (con mayor concentración de los bosques que proporcionan el piñón para la alimentación) ocurre sincopadamente con el mejoramiento de las condiciones climáticas y la amplificación de las comunidades vegetales, hacia comienzos del Arcaico Tardío (ca. 4.000/5.000 AP), cuando también se verifica un cambio hacia estrategias logísticas, en el norte de esta región. Lo que marca que esta búsqueda de nuevas tierras no es resultado de condiciones de estrés ambiental, sino de condiciones mejores pero bajo situaciones de creciente circunscripción espacial de los grupos, que es un disparador hacia un aumento en la productividad y un posible crecimiento demográfico (Wills 1988:69). Pero no es éste el caso, para la misma época, en las zonas desérticas del sur donde los grupos muestran una estrategia más de tipo *forager*, con movimientos logísticos de aprovisionamiento próximos a las bases residenciales que se mueven en un radio de 10 a 20 km; una estrategia sustentada en la distinta disponibilidad de nutrientes de la vegetación del desierto unida a la caza de pequeños animales (Wills 1995). En sus palabras la información disponible sugería que “las poblaciones (del sur de la Gran Cuenca) estaban organizadas en pequeños grupos móviles para los cuales el uso de las zonas de bosques de mayor altitud eran menos importantes que el abastecimiento de recursos en las zonas menos elevadas” (Wills 1995:23).

En esos hábitats de desierto era común el uso de aleros y cuevas secas, con alta

conservación de tecnofacturas perecibles, ocupaciones que proporcionaron diversos enterratorios y en relación a ellos Plog dice:

[...] la ocurrencia de enterratorios en cuevas y aleros parte de momentos tempranos, *ubicados en pozos previamente usados para almacenamiento*, ocasionalmente tan bien preservados que proporcionan una vívida visión sobre ropas y apariencias físicas. [...] Junto con una fuerte evidencia de una más intensa y prolongada ocupación de algunos asentamientos, estos enterratorios ofrecen intrigantes indicaciones de que la propiedad de los territorios de estos grupos también se incrementó (Plog 1997:53, la cursiva es nuestra).

Luego recalca el sentido que estos enterratorios tienen para la dinámica social:

Cross-cultural studies of hunting and gathering and agricultural groups reveal that burials are usually associated with more formalized ties between *especific social groups* and particular geographic areas, and that burials validate and reinforce rights of ownership and inheritance (Plog 1997:55).

Tanto Wills (1995) como Kelley (1995) plantean que el manejo de especies silvestres de *Chenopodium*, amarantáceas y gramíneas que ocurren desde el Arcaico medio en esas regiones constituye una forma de proto-cultivo, que habría facilitado más rápidamente el pase a una etapa agrícola en las zonas más desérticas de las tierras bajas. La detallada comparación etnográfica realizada por Kelley indica que ese pase a una etapa agrícola no requiere del surgimiento de una presión demográfica significativa, y que esta sí es necesaria para acceder a una mayor complejidad social (Kelley 1995:268-269). Sería la competencia entre grupos (por la circunscripción territorial) un detonante importante en el pase a la etapa agrícola (Wills 1995:242).

Otro aspecto interesante en el planteo de Wills es su búsqueda de otros indicadores que no sean los referidos a la restricción o aumento en la distribución de sitios. Plantea que el “mantenimiento de fronteras” puede ser una medida independiente ya que es algo directamente relacionado con la densidad de las ocupaciones en tanto eleva el nivel de competencia inter-grupal por el acceso a los recursos (Wills 1988). El establecer distinciones sociales puede operar a nivel de individuo o grupo a través de la emisión, recepción y decodificación de mensajes, a las que ve como conductas sociales—originadas en la base cazadora-recolectora— que pueden co-variar positivamente, en intensidad y significación, con la densidad de las ocupaciones. Para esto le interesa aplicar el concepto de *estilo* según Wobst, como “la variabilidad formal en el comportamiento humano o en su cultura material que participa en el intercambio de información social” (véase Wobst 1977) y para aplicarlo presupone la existencia de esas redes sociales basadas en la exogamia grupal

(*mating networks*). Siguiendo a Wobst plantea que un crecimiento en el número de estas redes sociales –por un aumento en la densidad de población– llevaría a un incremento en el contacto de grupos próximos y un decrecimiento en el contacto con grupos alejados. Aquí introduce el trabajo de Hodder (1979) sobre las interacciones en zona de “frontera”, para generar expectativas respecto al incremento de conductas que llevan a la producción de tecnofacturas o comportamientos que proveen una “afiliación” intragrupo, a través del *estilo*, ante situaciones de tensión o ficción intergrupar.

Esas fronteras, que en realidad Hodder (1979) prefiere entenderlas como “líneas de distinción” entre grupos, serían, según Wills, difíciles de delinear a través del registro arqueológico porque debería esperarse de ellas una alta variación en el tiempo, por lo cual dice que lo importante es reconocer su existencia y para ello toma como indicador la variabilidad temporal en el diseño de las puntas de proyectil. Se basa en los trabajos de Larick (1985) y de Sinopoli (1985) para entender la importancia de las armas como elementos identitarios y encuentra tres situaciones diferentes que se dan en el Arcaico de estas zonas. En el Arcaico Temprano una homogeneidad de tipos, seguida de una heterogeneidad en el Arcaico Medio y una nueva homogeneidad en el Arcaico Tardío. Esta nueva homogeneidad o estandarización de cierto tipo se da en momentos de una plena segmentación territorial y la explicación de Wills es que esas líneas de distinción (o fronteras) ya están trazadas y las puntas de proyectil pierden su valor demarcatorio (Wills 1988).

Vuelta a ANS

Empecemos por recalcar que los sitios de habitación C-R se encuentran en ANS vinculados a las fuentes de agua permanente (Laguna de Antofagasta, quebradas del Río Las Pitas y del Río Punilla, colector del sistema) o semi permanentes (quebradas de los ríos Miriguaca e Ilanco y Calalaste) y que hay una diferencia de altitud mayor a 600 m en 18 km de distancia, entre el fondo de cuenca (3.400 msnm) y las vegas y “pampas” de las quebradas más altas (Quebrada Seca: 4.000/4.200 msnm).

Por otra parte, esos sitios muestran una baja densidad de población que el registro arqueológico marca desde los 10.200 años AP, por lo menos hasta ca. 4.500/4.200 AP. A partir de ese momento sitios como Punta de la Peña 4 (Hocsman 2006; Urquiza y Aschero 2014) comienzan a mostrar ocupaciones con alta densidad artefactual y luego simples recintos subcirculares delimitados por paredes de piedras muy bajas, constituidas por una o dos hiladas sin mortero y nuevamente asociados a una alta densidad de artefactos. Son momentos también en que se multiplica el número de sitios, ya sea con baja o alta densidad de ocupación y algunos de ellos con arte rupestre, “marcando” los sectores de mayor concentración de sitios y recursos en el curso medio e inferior del Río Las Pitas, como Cueva Salamanca 1 (CS1), Peña de las Trampas 1 (PT1), Peñas Coloradas 1 (PC1), Peñas Chicas (PCh)1.1, 1.3 y 1.5, La Torre 1 (LT 1), Laguna Colorada 1 y 3 (LC1-3).

En este panorama esos mecanismos sociales de *fisión-fusión*, que pudieron operar en distintas estrategias y que estaban sustentados en esas relaciones “persona a persona” a través interacciones de familias o linajes, que comparten información y prácticas del hacer, resultan válidos para ser planteados entre los C-R de ANS. En esta misma perspectiva la reciente tesis doctoral de De Souza (2014) ve en estos mecanismos la explicación de los movimientos de poblaciones ocurridos durante el “silencio arqueológico” –término impuesto por L. Nuñez para tiempos del Altitermal en la zona norte del Salar de Atacama y en el curso superior del río Loa (De Souza 2014, Nuñez et al. 2005). Aquí los diseños de puntas de proyectil recurrentes en ambas vertientes –tipos *Quebrada Seca B* en ANS (Martínez 2007), *Huiculunche* (De Souza 2014) y *Tujayto* (Nuñez et al. 2005) del lado chileno– obviando diferencias de grosor y formas del retoque debidas a calidades de las materias primas originales y procedimientos técnicos empleadas, están indicando la existencia de intercambio de información o interacciones previas entre ambas áreas (ca. 8.000 AP) que habrían habilitado esos mecanismos de fisión-fusión.

Tales interacciones y estrategias entre grupos de localizaciones distantes, o en ambientes de ecologías diferenciadas, no sólo permitirían sortear las situaciones de riesgo ambiental moviéndose a zonas distintas sino que permitirían también un conocimiento integral de esos distintos hábitats y sus recursos. Los niños educados en esas situaciones, que integran diferentes ambientes fisiográficos, paisajes culturales y *habitus* diferenciados (en el sentido de Bourdieu 2008), tendrían una clara captación de esas distintas ecologías y sus recursos, habilitando una perspectiva multiecológica para esos grupos C-R. Esta perspectiva, vigente en trayectorias temporales de larga duración, más la circulación de información y bienes unidas a una baja demografía, habrían generado una nivelación social durante gran parte del Arcaico –hasta ca. 3.500 AP– y una situación de *contingencia* en el ámbito circumpuneño. Nivelación social y contingencia, apoyadas en esa red de interacciones tempranas y del Arcaico Tardío, conformaron un escenario social, hacia el 5.000-3.000 AP, bastante distinto al ocurrido en la zona central altoandina y en la periferia del Lago Titicaca para esos mismos tiempos (Aldenderfer y Flores Blanco 2011; Herhahn 2007; Nuñez y Dillehay 1995).

La cantidad de restos de cordelería en lana de vicuña y guanaco (Reigadas 2006, 2014), de torzales de pieles de camélidos con el pelo hacia afuera, de productos de la talla de vulcanitas locales de excelente calidad y de obsidianas provenientes de fuentes cercanas, recuperadas en contextos diferentes y desde el Arcaico Temprano (Aschero 2014; Martínez 2014; Pintar 2014; Pintar et al. 2015) así como la alta posibilidad de producción de excedentes de carne de los camélidos cazados, secada al sol (charque), sugieren una gama de recursos puneños factibles de intercambio, como parte de un programa de

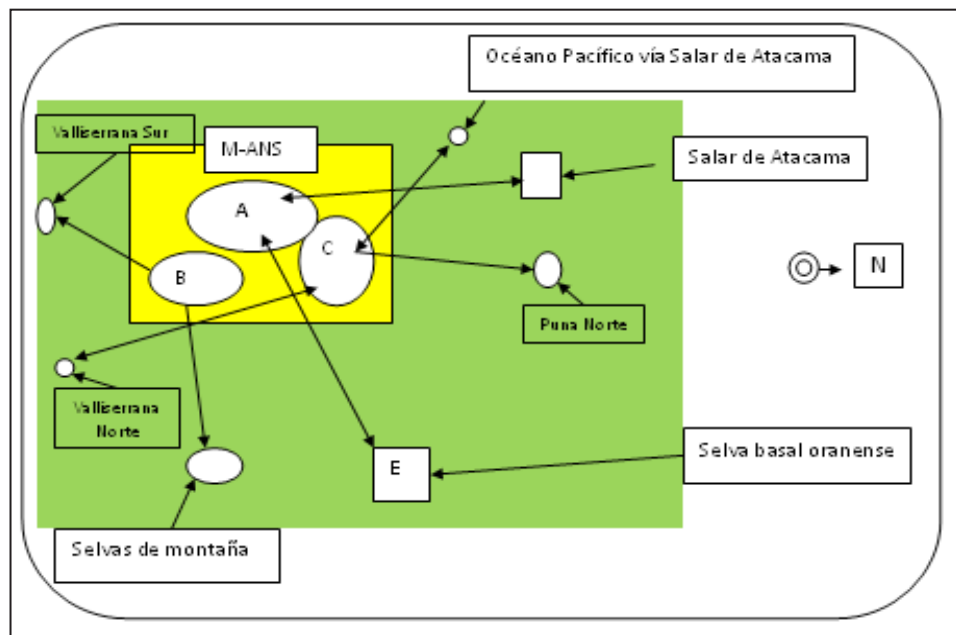
intercambios a distancia con zonas ecológicas distintas donde estos productos podrían ser apreciados e intercambiados por otros también apreciados y necesarios para la subsistencia. Tal es el caso recurrente de astiles e intermediarios de cañas macizas de las selvas de montaña (*Chusquea lorentziana*), cuentas de collar de pequeños frutos exóticos (¿del monte chaqueño?) y cordelería y/o fibras de palma *Chonta* de la selva basal oranense (*Acrocomia chunta*), así como cuentas de valva del Pacífico (Martínez 2014; Rodríguez 2014; Rodríguez y Aschero 2005).

Otro aspecto importante en ANS es la posible *competencia territorial* temprana, marcada primero por los enterratorios de partes esqueléticas humanas en pozos que pudieron ser usados primero como depósitos, tal como se planteó para las zonas más desérticas de la Gran Cuenca (Plog 1997). Los casos de Inca Cueva 4 en la Puna Jujeña (Aschero 1984, 2010; Yacobaccio 1985) y de Peña de las Trampas en ANS (Martínez 2014), entre los 9.300 y 8.400 años AP, son ejemplo de ello y de un temprano culto a los ancestros en el cual las reliquias de los muertos (partes esqueléticas o elementos del ajuar) servían para demarcar los sitios de retorno previsto dentro de cierto territorio. El arte rupestre de esos momentos, así como ocurre en los grupos australianos citados, demarcaba ciertos *lugares* (Ingold 2000) que resultaban críticos para el aprovisionamiento. Hacia el 7.500/7.000 AP, las puntas de proyectil de tipos *Quebrada Seca C* y *Peña de la Cruz* se suman como indicadores identitarios o territoriales de grupos con bases residenciales distintas pero que estarían co-participando en cazas colectivas, algo que sigue luego en el Arcaico Tardío (Martínez 2007; Hocsman 2006 y Aschero y Hocsman 2011, respectivamente).

Luego, cuando se registran esas ocupaciones de mayor densidad en los sectores intermedios de las quebradas con agua permanente (ca. 4.500 AP) el arte rupestre se suma como un indicador referido a circunscripciones territoriales más marcadas, entre quebradas o sectores de una u otra quebrada; nos da testimonio de una circunscripción territorial creciente. Esto ocurre en tiempos de la modalidad estilística *Quebrada Seca* (ca. 5.500 al 4.000 AP) y los estilos que designamos *Peñas Coloradas A/Quebrada Seca B, Cacao B y Laguna Colorada* (Aschero 1999, MS). También las puntas de proyectil seguirían marcando identidades grupales diferentes y co-participación en tareas de cazas colectivas –continuando con el uso de parapetos de caza (sitios QS5, RG7 y LC3)– indicadas por la presencia de pedúnculos de un tipo en un sitio y limbos del mismo tipo en otro o viceversa (Hocsman 2006).

En la figura 1 marcamos las interacciones a distancia conocidas por la información arqueológica de ANS. Allí “M-ANS” recuadra la “microrregión ANS y los nodos “A,B,C...” las unidades sociales territoriales que interactúan desde ANS.

Figura 1. Red de interacciones a distancia desde ANS.

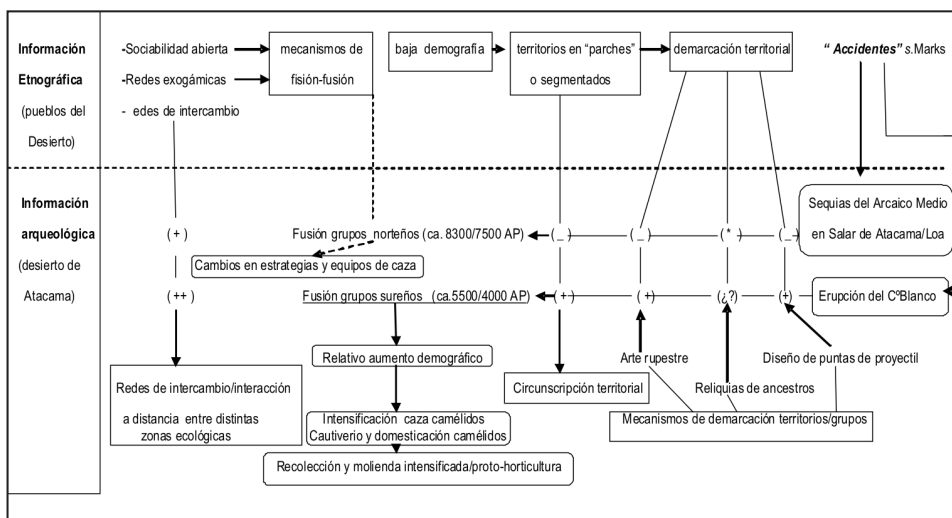


En el cuadro de la figura 2 sintetizamos una suerte de modelo de flujo donde hacemos actuar los principales datos etnológicos o etnográficos en su relación con los componentes del modelado que proponemos más el concepto de *accidente* propuesto por Marks (2007) y éstos con la información provista por el registro arqueológico de ANS.

Volviendo ahora sobre esos conceptos de Marks (2007) –*accidente*, *contingencia* y *coyuntura*– los tres son aplicables a la trayectoria temporal de estos sistemas sociales C-R de ANS. El de *accidente* podría asimilarse más que a las circunstancias de sequías prolongadas en el Altitermal –que las estrategias de fisión-fusión pueden haber prevenido y paliado (véase De Souza 2014)- a la imprevisibilidad ocasionada por la erupción del volcán Cerro Blanco ubicado a unos 100 km al S-SO de Antofagasta de la Sierra, entre los 5.500 y 4.000 años AP (Ratto et al. 2013). Si bien los depósitos de cenizas originadas allí no son frecuentes en las estratificaciones registradas en cuevas y aleros de ANS, las circunstancias derivadas de esta erupción pueden haber impactado fuertemente en ANS generando, por ejemplo, la fusión de grupos C-R sureños, unidades sociales formadas por familias que se agregan a las locales, apelando a lazos de parentescos plausibles en el modelado que

venimos sosteniendo. Esto generaría un aumento de la competencia territorial y un ligero aumento en la población y ello, ateniéndonos a lo planteado por Wills para el SO de EEUU (Plog 1997; Wills 1995) y por Kelley (1995) en una perspectiva más amplia, sería uno de los condicionantes para la intensificación de las prácticas de cultivo (hortícolas) hacia el 4.000/3.500 AP. Nos referimos a cultígenos como la quinua, amarantáceas, papa y otros, con una etapa previa de intensificación de la recolección y la molienda hacia el 5.000 AP (Babot 2011, 2014).

Figura 2. Información etnológica y etnográfica y modelado de la información arqueológica de ANS (10000-3500 AP).



Hacia el 5.000 AP –y posiblemente antes en la Puna Sur– hay una intensificación de la caza de camélidos silvestres, seguida por una protección de manada y su posterior manipulación genética (Yacobaccio 2007). Sin embargo los estudios de fibras realizados por Reigadas (2006, 2014) dejan entrever un panorama más complejo y temporalmente más profundo para esa manipulación en ANS referido a su "tercer grupo" de fibras, equivalente al de la llama "intermedia" actual (Reigadas 2006). La presencia de fibras de este "tercer grupo" en Inca Cueva 4 y en Quebrada Seca 3 (QS3) hacia el 10.000/9.000 años AP debe tenerse en cuenta y requiere la búsqueda de nuevas evidencias que permitan adentrarnos en una evaluación crítica de esos hallazgos. La manipulación posterior de esas fibras en QS3

han hecho sugerir a Reigadas para ANS “la existencia de un proceso domesticatorio como escenario alternativo a la introducción de animales ya domesticados” (Reigadas 2006:123).

La representación de llamas “con carga” en el arte rupestre de Peñas Coloradas 1 (Aschero 2006:Figura 12) indican que hacia ca. 3.500 AP las prácticas pastoriles ya estaban avanzadas en ANS. Conjuntamente con esto, la sedentarización de los grupos familiares, para la atención de huertos y tropas de camélidos amansados, se habría incrementado por lo menos en lo que se refiere a la parte de cada familia orientada a tales cuidados, mientras el aprovisionamiento básico de carne seguía siendo provisto por la caza de vicuñas y guanacos.

En una circunstancia así el papel original de la mujer se habría diversificado en esos nuevos roles y actividades de la subsistencia C-R, posteriores al 5.000 AP, con estrategias económicas que incluían las tareas hortícolas y el cuidado de tropas de camélidos genéticamente manipulados. Esta diversificación de sus roles sumaría prácticas de pastoralismo incipiente, vinculado a una territorialidad más restringida y a un semi-sedentarismo, sin tener que apelar a una mayor complejidad o diferenciación social. Lo afirmado por Yacobaccio en torno a este tema de que “no hay cazadores pastores, en todo caso hay pastores que cazan” (2007:311) puede no aplicarse a ANS porque habría roles de género implicados, dándose el caso de mujeres pastoras y horticultoras, con hombres que siguen siendo cazadores, en un modo de subsistencia donde la carne proveniente de la caza de vicuñas y guanacos sigue siendo un aporte mayor a la dieta.

Observando la composición de los conjuntos faunísticos del Arcaico tardío resulta evidente que la proporción de camélidos silvestres sigue siendo importante en las dietas y que esto continúa cuando las tropas de camélidos amansados y genéticamente manipulados ya estaban presentes (Nuñez et al. 2006). Queda pendiente aún una discusión en torno a si estas últimas estaban más orientadas a su uso como animales de carga que a la provisión de carne. En tal panorama la circulación de información entre distintos nodos atacameños también se habría ampliado y/o intensificado; la aparición de representaciones de la modalidad Taira-Tulán (Río Loa y Salar de Atacama, Chile) en ANS (Aschero 2006) y las primeras cerámicas –como saberes técnicos más que como tipos– serían ejemplo de esto.

Pero estas redes de intercambio intensificadas y la fluencia de información entre ambas vertientes cordilleranas habrían generado, a expensas de ese *accidente* inicial, una situación de *coyuntura* particular con la región del Salar de Atacama –sobre todo con lo conocido para el sector oriental del Salar– donde la aparición de “templetes” como el descubierto en la Quebrada de Tulán (Nuñez 1994; Nuñez et al. 2006) podrían haber surgido como una minimización de la competencia territorial intergrupal por las zonas de pastoreo y de caza. En un menor grado de complejidad social posible, algo semejante hemos planteado para ANS en relación al arte rupestre del sitio Confluencia 1 (Aschero 2006). Junto a estas respuestas alternativas vinculadas a un culto que congrega y co-participa a distintas uni-

dades sociales, apaciguando la competencia por una creciente circunscripción territorial, también aparecen ciertos íconos que van a tener una notable representación en el ámbito andino centro-sur: el de los camélidos bicápites, el personaje de las manos alzadas (que antecede a los atributos formales del “sacrificador” de la iconografía Aguada posterior en el NOA) o los signos elípticos del arte rupestre que anteceden al diseño de contorno de las primeras placas de oro del Formativo regional (Aschero 2007; González 1992). Esas redes quedan tendidas, hacia fines del Arcaico Tardío, con el Salar de Atacama, con la Puna Norte y posiblemente a través de ella, con la selva basal oranense, con el área Valliserrana central (Molinos-Amaicha del Valle) y a través de ella con las selvas de montaña, con el sureste de la Puna meridional (Laguna Blanca) y el área Valliserrana sur (Hualfín-Belén), o el suroeste puneño y el valle de Corral Quemado.

Pero antes del 4.000 AP la existencia de esas redes de intercambio a distancia, vigentes en un amplio lapso que ocupa gran parte de lo que es conocido como etapa Arcaica, desde ca. 8.500/8.700 años AP, podrían plantearse como sosteniendo una situación de *contingencia* en que una constante circulación de información habría producido una serie de circunstancias compartidas por distintas unidades sociales circumpuneñas:

- Una cierta nivelación social entre unidades entre las cuales ese “compartir información” también incluía lazos familiares;
- Un conocimiento acabado de los recursos disponibles en los distintos ambientes circumpuneños, vigentes en esa memoria social;³
- Un intercambio que no sólo incluía elementos claves para la subsistencia –materias primas, sal, charque, lana de camélidos, tecnofacturas utilitarias– sino también elementos suntuarios o del adorno personal.
- Una *enhabilitación* de los niños criados por padres de ambientes y/o lugares de procedencia distintos que operaba en el refuerzo de la *memoria social* con un saber sobre *qué y cómo* de lo disponible entre ecologías diferenciadas; en suma, la conformación de un saber multiecológico.

³ Es claro que el concepto de “memoria social” apoyado en la información arqueológica supera en mucho el lapso en que distintos historiadores lo utilizan. La sola continuidad de temas y signos en el arte paleolítico europeo, de los negativos de manos en el arte rupestre del noroeste patagónico o la reiteración de entierros de distintas épocas en una misma posición –pero superpuestos estratigráficamente en un mismo sitio– en un lapso superior a los 2.000 años (véase, por ejemplo, la evidencia del sitio *Puesto El Rodeo* en Río Pinturas en Gradín y Aguerre 1994) indican que la transmisión oral entre cazadores-recolectores cumplió un papel más que significativo, con una incidencia en su estructura social y trayectoria temporal de enorme importancia, que no ha sido aún suficientemente evaluada.

- Todo esto unido a una diferenciación regional donde la demarcación territorial por ciertas modalidades estilísticas o estilos del arte rupestre, habría mantenido la identidad de las unidades sociales o familiares (linajes) interactuantes.

Esos tres conceptos de Marks (2007) sirven para caracterizar una situación puntual –la erupción del Cerro Blanco (Ratto et al. 2013)– que como *accidente* genera un cambio importante en la estructura social de los C-R de ANS, pasándose de una situación de *contingencia* (8.700/8.400 al 4.500/4.000 AP), con la conformación de un sistema social de amplia interacción entre Puna, Salar de Atacama, Valles mesotermiales, Selvas de montaña y Selvas basales de las sierras subandinas, a una situación de *coyuntura* (4.500/4.000 al 3.000/2.500 AP) donde la competencia estimulada por la circunscripción territorial creciente determina condiciones estructurales de los sistemas sociales que llevan a la complejidad y diferenciación social en distintos lugares y poblaciones del ámbito atacameño.

Entonces, sobre la base de la información etnográfica/etnológica, planteamos que son todos esos mecanismos, estrategias, situaciones y circunstancias las que permitieron tejer, entre los cazadores-recolectores que colonizaron ANS hacia fines del Pleistoceno, un entramado social capaz de sostener esas particulares condiciones de vida, de poblaciones de baja demografía, en las alturas del desierto extremo, en el sur de Atacama.

Bibliografía

Aldenderfer, M. S. y L. Flores Blanco

2011 Reflexiones para avanzar en los estudios del Período Arcaico en los Andes Centro-sur. *Chungara* 43(1):487-530.

Aschero, C. A.

1984 El sitio ICc4: un asentamiento precerámico en la Quebrada de Inca Cueva (Jujuy, Argentina). *Estudios Atacameños* 7:43-62.

1988 De punta a punta: producción, mantenimiento y diseño en puntas de proyectil precerámicas de la Puna argentina. *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 219-229. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

1999 El arte rupestre del desierto puneño y el Noroeste argentino. En *Arte rupestre en los Andes de Capricornio*, editado por J. Berenguer y F. Gallardo, pp. 97-135. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile.

2006 De cazadores y pastores. El arte rupestre de la modalidad Río Punilla en Antofagasta de la Sierra y la cuestión de la complejidad en la Puna Meridional Argentina. En *Tramas en la*

Piedra: Producción y Usos del Arte Rupestre, editado por D. Fiore y M. Podestá, pp. 103-140. World Archaeological Congress, Sociedad Argentina de Antropología y Asociación Amigos del INAPL.

2007 Iconos, huancas y complejidad en la Puna Sur argentina. En *Producción y circulación prehispánica de bienes en el Sur Andino*, compilado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 135:165. Editorial Brujas, Córdoba.

2010 Arqueologías de Puna y Patagonia centro-meridional: comentarios generales y aportes al estudio de los cazadores-recolectores en los proyectos dirigidos desde el IAM (1991-2009). En *Rastros en el camino. Trayectos e identidades de una institución*, editado por C. A. Aschero, P. Arenas y C. Taboada. EDUNT, San Miguel de Tucumán.

2014 Hunter-gatherers of the Puna in a temporal perspective (10500-3500 BP): The case of Antofagasta de la Sierra (Catamarca, Argentina). En *Hunters-gatherers from a high elevation desert: People of the Salt Puna. Northwestern Argentina*, editado por E. Pintar, pp. 25-42. BAR International series 2641, Oxford.

Sobre modalidades estilísticas y estilos en Antofagasta de la Sierra. Manuscrito en posesión del autor.

Aschero C. A. y S. Hocsman

2011 Arqueología de las ocupaciones Cazadoras-Recolectoras de fines del Holoceno Medio en Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional argentina). *Chungara* 43(1):393-412.

Aschero C. A. y J. G. Martínez

2001 Técnicas de caza en Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 26:215-241.

Babot, M. del P.

2011 Cazadores-Recolectores de los Andes Centro-Sur y procesamiento vegetal. Una discusión desde la Puna Meridional argentina (7000-3200 AP). *Chungara* 43(1):413-432.

2014 Grinding, processing, settlement and mobility in hunter-gatherers of the Argentine South Puna (ca. 4700-3200 BP). En *Hunters-gatherers from a high elevation desert: People of the Salt Puna. Northwestern Argentina*, editado por E. Pintar, pp. 169-200. BAR International series 2641, Oxford.

Birdsell, J. B.

1968 Some predictions for the Pleistocene based on equilibrium systems among recent hunters-gatherers. En *Man the Hunter*, editado por R. B. Lee e I. De Vore, pp. 229-240. Aldine, Chicago.

Bourdieu, P.

2008 *El sentido práctico*. Siglo XXI editores, Madrid.

Davis S. L. y J. R. V. Prescott

1992 *Aboriginal frontiers and boundaries in Australia*. Melbourne University Press, Melbourne.

De Souza, P.

2014 Tecnología lítica, uso del espacio y estrategias adaptativas de los cazadores-recolectores del Arcaico Medio en la cuenca superior del Río Loa (7000-5000 AP). Tesis Doctoral inédita, Universidad Católica del Norte y Universidad de Tarapacá, San Pedro de Atacama.

Ellen, R.

2000 Modes of subsistence: hunting and gathering to agriculture and pastoralism. En *Companion Encyclopedia of Anthropology*, editado por T. Ingold, pp. 197-225. Routledge, Londres y Nueva York.

Endicott, K. L.

1999 Gender relations in hunters-gatherers. En *The Cambridge Encyclopedia in Hunters and Gatherers*, editado por R. Lee y R. Daly, pp. 412-418. Cambridge University Press, Cambridge.

Gamble, C.

2001 *Las Sociedades paleolíticas de Europa*. Ariel Prehistoria, Barcelona.

Gell-Mann, M.

1995 *El Quark y el jaguar*. Tus-Quets Metatemas, Madrid.

Giddens, A.

1984 *The constitution of society*. Polity Press, Cambridge.

Godelier, M.

1996 *La production des Grands Hommes*. Artheme Fayard, Champs Essais, Paris.

González, A. R.

1992 *Las Placas Metálicas de los Andes del Sur. Contribución al estudio de las religiones Precolombinas*. VerlagPhilipp Von Zabern, Mainz am Rhein.

Gradin, C. J. y A. M. Aguerre, editores.

1994 *Contribución a la Arqueología del Río Pinturas. Provincia de Santa Cruz*. Búsqueda de Ayllu, Concepción del Uruguay.

Herhahn, C.

2007 Pastoreo, movilidad, ritual mortuario y contextos de complejidad social emergente. En *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 317-330. Artes Gráficas Buschi S. A., Buenos Aires.

Hocsman, S.

2006 Producción lítica, variabilidad y cambio en Antofagasta de la Sierra (ca. 5500-1500 AP). Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Hodder, I.

1979 Economic and social stress and material culture patterning. *American Antiquity* 44:446-455.

Ingold, T.

1986 Tool use, sociality and intelligence. En *Tools, Language and Cognition in Human evolution*, editado por K. G. Gibson y T. Ingold, pp. 429-472. Cambridge University Press, Cambridge.

1993 The Temporality of the Landscape. *World Archaeology* 25(2):152-174.

1999 On the Social relations of the Hunter-Gatherer Band. En *The Cambridge Encyclopedia of Hunters-Gatherers*, editado por R. B. Lee y R. Daly, pp. 411-418. Cambridge University Press, Cambridge.

2000 *The perception of the environment. Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*. Routledge, Londres y Nueva York.

Kelley, L. H.

1995 Protoagricultural practices among hunters-gatherers. A cross-cultural survey. En *Last hunters first farmers*, editado por T. D. Price y A. B. Gerbauer, pp. 243-272. School of American Research, Advanced Seminar Series, Houston, Texas.

Larick, R.

1985 Spears, style and time among Maa-speaking pastoralist. *Journal of Anthropological Archaeology* 4: 206-220.

Layton, R.

1986 *Uluru. An aboriginal history of Ayer's Rock*. Australian Institute of Aboriginal Studies, Canberra.

López Campeny, S. M. L.; A. Romano y C. Aschero

2015 Remodelando el Formativo. Aportes para una discusión de los procesos locales en las comunidades agropastoriles tempranas de Antofagasta de la Sierra (Catamarca, Argentina). En *Crónicas materiales precolombinas. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste argentino*, editado por M. A. Korstanje, M. Lazzari, M. Basile, F. Bugliani, V. Lema, L. Pereyra Domingorena y M. Quesada, pp. 313-353. Serie Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Lourandos, H.

1997 *Continent of Hunters-gatherers*. Cambridge University Press, Cambridge.

Marks, R.

2007 *Los orígenes del Mundo Moderno*. Ed. Crítica, Barcelona.

Martínez, J. G.

2007 Ocupaciones humanas tempranas y tecnología de caza en Antofagasta de la Sierra, Puna meridional argentina (10.000-7000 AP). *Cazadores-recolectores del Cono Sur. Revista de Arqueología* 2:129-150.

2014 Contributions to the knowledge of Natural History and Archaeology of hunter-gatherers of Antofagasta de la Sierra (Argentina South Puna): The case of Peñas de las Trampas 1.1. En *Hunters-gatherers from a high elevation desert: People of the Salt Puna. Northwestern Argentina*, editado por E. Pintar, pp. 71-93. BAR International series 2641, Oxford.

Morin, E.

1995 *Introducción al Pensamiento Complejo*. Editorial Gedisa, Barcelona.

Morphy, H.

1991 *Ancestral connections*. University of Chicago Press, Chicago.

Mountford, Ch. P.

1971 *Ayer's Rock. Its people, their beliefs and their art*. Pacific books, Australia.

Munn, N. D.

1973 *Walbiri iconography. Graphic representation and cultural symbolism in a Central Australia Society*. Cornell University Press, Ítaca y Londres.

Muscio, H.

2004 Dinámica poblacional y evolución durante el Período Agroalfarero Temprano en el Valle de San Antonio de los Cobres, Puna de Salta, Argentina. Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

- 2006 Aproximación evolutiva a la complejidad y al orden social temprano a través del estudio de las representaciones rupestres de la Quebrada de Matancillas (Puna argentina). *Estudios Atacameños* 31:9-30.
- Núñez, L.
- 1994 Emergencia de complejidad y arquitectura jerarquizada en la Puna de Atacama. Evidencias del sitio Tulán-54. En *Taller de Costa a Selva*, editado por M. E. Albeck, pp. 85-115. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Tilcara.
- Núñez, L.; M. Grosjean e I. Cartagena
- 2005 *Ocupaciones Humanas y Paleoambientes en la Puna de Atacama*. Taraxacum - Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.
- Núñez, L.; I. Cartagena, P. De Souza, C. Carrasco y M. Grosjean.
- 2006 Emergencia de comunidades pastoralistas formativas en el sureste de la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños* 32:93-118.
- Núñez, I. y T. H. Dillehay
- 1995 *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales.: Patrones de tráfico e interacción económica* (Ensayo). Universidad Católica del Norte, Chile.
- Olivera, D. E.
- 1992 Tecnología y Estrategias de Adaptación en el Formativo (Agro-alfarero Temprano) de la Puna Meridional Argentina. Un Caso de Estudio: Antofagasta de la Sierra (Pcia. de Catamarca, República Argentina). Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Pintar, E.
- 2014 Desert hunters-gatherers: Mobility and aridity thresholds, a view from argentine Salt Puna. En *Hunters-gatherers from a high-elevation desert: People of the Salt Puna*, editado por E. Pintar, pp- 95-116. BAR International Series 2641, Oxford.
- Pintar, E.; J. G. Martínez, C. A. Aschero y M. D. Glascock
- 2015 Obsidian use and mobility during the Early and middle Holocene in the Salt Puna, NW Argentina. *Quaternary International*, en prensa.
- Plog, S.
- 1997 *Ancient Peoples of the American Southwest*. Thames & Hudson, Londres.

Ratto, N. R.; M. C. Montero, F. Hongn y B. Valero Garcés

2013 La historia ambiental de las sociedades productivas del Oeste tinogasteño. En *Delineando prácticas de la gente del pasado: los procesos socio-históricos del Oeste catamarqueño*, compilado por N. Ratto, pp.45-70. Serie Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Re, A.; J. B. Belardi y R. A. Goñi

2009 Dinámica poblacional tardía en Patagonia meridional: su discusión y evaluación a través de la distribución de motivos rupestres. En *Crónicas sobre la piedra. Arte rupestre de las Américas*, editado por M. Sepúlveda, L. Briones y J. Chacama, pp.293-309. Universidad de Tarapacá, Arica.

Reigadas, M. del C.

2006 Análisis de fibras animales para la definición de su status en el proceso de intensificación en la relación hombre-recurso animal: caso Quebrada Seca 3. *Cazadores-recolectores del cono Sur* 1:11-124.

2014 The exploitation and use of faunal resources: the role of Quebrada Seca 3 and Cueva Cacao 1A (Antofagasta de la sierra, Catamarca, Argentina). En *Hunters-gatherers from a high elevation desert: People of the Salt Puna. Northwestern Argentina*, editado por E. Pintar, pp. 125-143. BAR International series 2641, Oxford.

Rodríguez, M. F.

2014 Archaeobotany and vegetal resources, settlement systems and mobility in the argentine South Puna. En *Hunters-gatherers from a high elevation desert: People of the Salt Puna. Northwestern Argentina*, editado por E. Pintar, pp. 145-168. BAR International series 2641, Oxford.

Rodríguez, M. F. y C. A. Aschero

2005 *Acrocomiachunta* raw material for cord making in the Argentinian Puna. *Journal of Archaeological Science* 32(10):1534-1542.

Sahlins, M.

1974 *Stone Age Economics*. Tavistock, Londres.

Service, E.

1973 *Los cazadores*. Editorial Labor, Barcelona.

Sinopoli, C. M.

1985 *Style in arrows. A study of ethnographic collection from Western United States*. Manuscrito en posesión del Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.

Urquiza, S. V. y C. A. Aschero

2014 Economía animal a lo largo del Holoceno en la Puna austral argentina: Alero Punta de la Peña 4. *Cuadernos del INAPL* 2(1):86-112.

Wills, W. H.

1988 *Early prehistoric agriculture in the american Southwest*. School of American research, Santa Fe.

1995 Archaic foraging and the beginning of food production in the American Southwest. En *Last hunters first farmers*, editado por T. D. Price y A. B. Gerbauer, pp. 215-242. School of American Research, Advanced Seminar Series, Houston, Texas.

Wobst, M.

1974 Boundary conditions for paleolithic social systems: a simulation approach. *American Antiquity* 39:147-178.

1976 Locational relationships in Palaeolithic Society. *Journal of Human Evolution* 5:49-58.

1977 Stylistic behavior and information Exchange. *Anthropological Papers* 61:317-342.

Yacobaccio, H. D.

1985 Almacenamiento y adaptación en el Precerámico andino. *Runa* 15:117-131.

2007 Complejidad social, especialización y domesticación de camélidos en Cazadores-recolectores surandinos. En *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 305-315. Artes Gráficas Buschi S. A., Buenos Aires.

Yengoyan, A. A.

1968 Demographic and ecological influences on Australian Aboriginal marriage sections. En *Man the Hunter*, editado por R. B. Lee e I. DeVore, pp.185-199. Aldine, Chicago.

